

—Querida mía, ten cuidado, te equivocas quizás...

—¡ Oh! no, no, yo no me equivoco. Ahora en la gradería, al marcharse, me ha dicho algunas palabras. Estas palabras no eran nada... pero si hubieras visto su turbación, á pesar de todos los esfuerzos para contenerse. Suzie, Suzie mía, por la ternura que te tengo ¡ y Dios sabe cuál es mi cariño! esta es mi convicción, mi absoluta convicción. Si en lugar de ser miss Percival hubiera yo sido una pobre niña sin dinero, ahora mismo Juan me hubiera tomado la mano y me hubiera dicho que me amaba; y si me hubiera hablado así, ¿sabes lo qué le hubiera respondido?

—Que también le querías.

—Sí, y mira por qué soy tan feliz. Es una idea fija en mí adorar al hombre que sea mi marido... Pues bien; no digo que adore á Juan, no, todavía no... pero en fin, esto principia, Suzie... ¡ y esto principia tan dulcemente!

—Bettina, estoy inquieta de verte en tal estado de exaltación. Ojalá que Mr. Réynaud tenga por ti la afección...

—¡ Oh! mucho más, mucho más...

—Mucho amor si quieres. Sí, tienes razón. Tú lo has conocido bien... sí, te ama... ¿y no eres tú digna, querida mía, de todo el amor que pueden tener por ti? En cuanto á Juan—va ganando decididamente para mí, porque yo también le llamo Juan—pues bien, ya sabes lo que pienso de él. ¡ Cuántas veces nosotras dos, desde hace un

mes, hemos tenido ocasión de decirlo!... Tengo de él una opinión muy alta, muy alta... Pero en fin, á pesar de todo, ¿este es verdaderamente el marido que te conviene?

—Sí, porque yo le amo.

—Procuro hablarte en razón, y tú me hablas siempre... Yo tengo Bettina, una experiencia que tú no puedes tener. Quiero que me comprendas bien. Desde nuestra llegada á París fuimos lanzadas en una sociedad muy animada, muy brillante, muy aristocrática... Tú podrías ser ya, si lo hubieras querido, marquesa ó princesa...

—Sí, pero no he querido.

—¿A ti te será indiferente llamarte madama Reynaud?

—Absolutamente, si yo le quiero...

—¡ Ah! y siempre vuelves á lo mismo...

—Es que es la verdadera cuestión. Y como no hay otra... quiero ser razonable á mi vez. Esta cuestión, yo te concedo que no está completamente resuelta, y que puedo haberme calentado la cabeza un poco de más. Ya ves que soy razonable. Juan se marcha mañana. No lo veré en veinte días. Voy durante estos veinte días, á tomar todo el tiempo necesario para preguntarme y consultarme, para saber bien, en fin, lo que pasa por mí. A pesar de mis aires evaporados, son seria y reflexiva... ¿no es verdad que lo reconoces?...

—Lo reconozco.

—Pues bien: te dirijo esta súplica como á nuestra madre si estuviera aquí. Si en estos veinte



días, te digo yo: «¡ Suzie, estoy segura de que le amo!» ¿me permitirás irme hacia él, yo misma, yo sola, y preguntarle si me quiere por mujer? Lo mismo exactamente que tú has hecho con Ricardo... Dime, Suzie, ¿me lo permitirás?

—Sí, te lo permitiré.

Bettina besó á su hermana y le murmuró estas dos palabras á su oído:

—¡ Gracias, mamá!

—¡ Mamá! ¡ mamá! Es así como me llamabas cuando eras una niña, cuando estábamos solas en el mundo las dos y yo te desnudaba por la noche en Nueva York, en nuestra miserable habitación; cuando te tenía en mis brazos, te acostaba en tu camita y te cantaba canciones para dormir. Y desde entonces, Bettina, no tuve más que un deseo en el mundo: tu felicidad. Por eso es por lo que te pido que reflexiones. No me respondes... pues no hablemos más de esto. Quiero dejarte calmada y tranquila. Has despedido á Annie... ¿Quieres que esta noche sea yo tu mamita, que te desnude y que te acueste como en otros tiempos?

—Sí, lo quiero.

—Y cuando estés ya acostada, ¿me prometerás ser juiciosa?

—Juiciosa, como una imagen.

—¿Harás todo lo que puedas para dormirte?

—Todo lo que pueda.

—¿Bien fácilmente sin pensar en nada?

—Bien fácilmente sin pensar en nada.

—¡ Corriente!

Diez minutos después, la linda cabeza de Bettina descansaba dulcemente entre los bordados y encajes. Suzie decía á su hermana:

—Me vuelvo á bajo á reunirme con toda esa gente que me aburre tanto esta noche. Antes de entrar en mi cuarto, vendré á verte dormir. No hables... Duérmete.

Salió y Bettina quedó sola. Fué honrada. Hizo los esfuerzos más sinceros para dormirse. No pudo conseguirlo sino á medias. Cayó en un semi-sueño en un amodorramiento que la dejó flotando entre el sueño y la realidad.

Había prometido no pensar en nada y sin embargo pensaba en él, siempre en él, y nada más que en él, pero vaga y confusamente. Cuánto tiempo pasaría, no supo darse cuenta. De repente, le pareció que oía andar en su cuarto, entreabrió los ojos y creyó reconocer á su hermana. Con una voz soñolienta, le dijo:

—¿Tú sabes? ¡ le amo!

—¡ Chit... Duerme! ¡ Duerme!

—Ya duerme... ya duerme...

Ella se volvió á dormir buenamente menos profundamente que de costumbre, porque hacia las cuatro de la mañana un ruido la despertó sobresaltada, que de seguro el día anterior no la hubiera interrumpido su sueño; una lluvia torrencial caía y azotaba contra las grandes ventanas del cuarto de Bettina.

—¡ Oh! llueve! se dijo; ¡ se va á mojar!



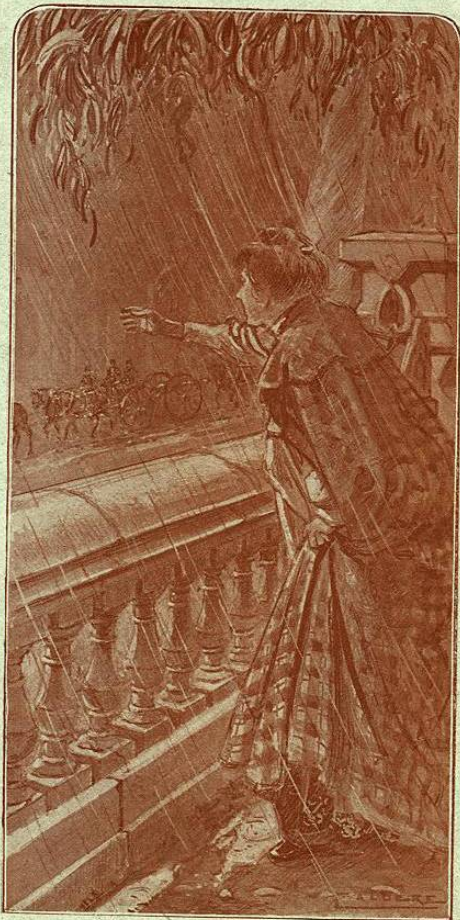
Este fué su primer pensamiento. Se levantó, atravesó el cuarto con los pies desnudos y abrió un poco una madera. Había amanecido el día oscuro, feo y pesado; el cielo estaba lleno de agua, el viento soplaba tempestuosamente y con ráfagas hacía remolinar la lluvia.

Bettina no se volvió á acostar. Comprendió que le sería imposible volver á cojer el sueño. Se puso un peinador y se quedó delante de la ventana mirando caer la lluvia. Puesto que era absolutamente preciso que él partiera, ella hubiera deseado que le hubiera tocado otro tiempo, con un hermoso sol alumbrando su primera jornada.

Al llegar á Longueval, hace un mes, Bettina no sabía lo que era una jornada. Ya hoy lo sabía. Una jornada de artillería, era una marcha de treinta ó cuarenta kilómetros con una hora de alto para almorzar. El cura Constantino le había enseñado esto, durante las visitas que, por las mañanas, hacían á casa de los pobres. Bettina agobiaba al cura con multitud de preguntas, sobre asuntos militares, y con especialidad, los relativos al servicio de artillería.

¡ Ocho ó diez leguas bajo esta lluvia, sin cesar! ¡ Pobre Juan! Bettina piensa en el pequeño Turner, en el pequeño Norton y en Pablo de Lavardens, que duermen bien tranquilos hasta las diez de la mañana mientras Juan recibirá este diluvio.

¡ Pablo de Lavardens! Este nombre despierta en ella un recuerdo doloroso, recuerdo de la vuelta de wals, la noche anterior... ¡ Haber bailado de





ese modo cuando el pesar que Juan experimentaba era tan evidente! Esta vuelta de wals tomó á los ojos de Bettina las proporciones de un crimen. Era horrible lo que había hecho.

Y además, ¿no le faltó el valor y la franqueza en la última conversación que tuvo con Juan? El no podía, ni se atrevía á decir nada; pero ella debía haber mostrado por su parte más cariño y más abandono. Triste y enfermo como él estaba no debió nunca permitirle irse á pie. Era necesario haberle detenido á toda costa. La imaginación de Bettina trabajaba y se exaltaba. Juan debió llevar consigo la impresión de que era una criatura mala, sin corazón ni piedad.

De aquí á media hora va á salir, y por veinte días... ¡ah! si ella pudiera, por cualquier medio!... Pero este medio existe... El regimiento va á desfilar por todo lo largo de la tapia del parque, pasando por debajo de la terraza. Ya está Bettina, impresionada de un loco deseo de ver pasar á Juan, que comprenderá lo bastante al verla allí, y á semejante hora, que viene á pedirle perdón, por lo cruel que estuvo con él el día anterior, sí, irá... Pero ha prometido á Suzie, ser juiciosa y prudente como una imagen, y hacer lo que ella piensa, ¿es ser tan juiciosa como una imagen?... es verdad que podrá descargar su conciencia confesándole todo á Suzie, al volver á casa y de seguro que la perdonará.

¡ Irá! ¡ Irá! ¿solamente cómo se va á vestir? No tiene á la mano más que un vestido de baile, un



peinador de muselina, babuchitas de salón, y zapatos de baile de satén azul. Despertar á su doncella, no se atreve... y el tiempo apremia... las cinco menos cuarto y á las cinco rompe la marcha el regimiento.

Puede salir de su apuro con el peinador de muselina y los zapatos de baile de satén; encontrará en la antesala un sombrero, sus chanclitos de andar por el jardín, y el gran abrigo escocés que le sirve para guiar cuando llueve. Entreaire la puerta con infinitas precauciones, duerme todo el mundo en el castillo, se resbala pegadita á la pared por los corredores, y baja la escalera.

¡Con tal que sus chanclitos estén en su sitio! Esta es su gran preocupación, aquí están. Los ata por encima de los zapatos de baile, y se envuelve en el abrigo. Oye que la lluvia fuera aumenta su violencia. Ve uno de esos inmensos paraguas que sirven para los criados cuando se suben al pescante; se apodera de él, está útil... pero cuando quiere salir ve que la puerta del vestíbulo está cerrada con una gruesa y fuerte barra de hierro. Trata de levantarla, pero la barra está muy fuerte, resiste y el reloj de cuadro que hay en la antesala deja oír lentamente las cinco. ¡En este momento sale él!

¡Quiere verle! ¡quiere verle! su voluntad se irrita contra los obstáculos, hace un grande esfuerzo, la barra cede, y resbala en sus goznes... Pero Bettina se hace en la mano un gran arañazo que la produce un chorrillo de sangre. Bettina empapa

con su pañuelo su mano, toma el paraguas grande, da la vuelta á la llave y abre la puerta. ¡Al fin! ¡ya está fuera!

El tiempo es espantoso. El viento y la lluvia rugen. Se necesitan ocho ó diez minutos para ganar la terraza que da vista al camino. Bettina valerosamente, con la cabeza baja, y recojida, debajo de su paraguas, se lanza hacia adelante. Anda unos cincuenta pasos. De repente, furiosa, loca, ciega, una borrasca la azota, y se cubre con su abrigo, se ve arrastrada, sobrellevada, y perdiendo tierra, se le vuelve violentamente el paraguas. No es nada eso. El desastre es más completo. Bettina ha perdido uno de sus chanclitos... que no eran chanclos formales, sino unos muy pequeños sólo para el buen tiempo.

En este momento, cuando Bettina desesperada, lucha con la tempéstad, con su zapato de satén azul, que zambulle en el barro, el viento trae un lejano eco de una charanga de cornetas.

¡Es el regimiento que sale! Bettina toma una gran resolución; abandona el paraguas, atrapa su chanclito, le ata lo mejor que puede y corriendo, sale escapada en medio del diluvio, que cae sobre su cabeza.

En fin, se ve en los bosques y los árboles la protegen un poco. La charanga de cornetas se acerca, cada vez más. Bettina cree oír el rodar de los carros. Hace un supremo esfuerzo, y llega á la terraza. Ya llegó... ¡y era tiempo! Percibe á vein-



te metros los caballos blancos de los cornetas, y por el camino ve ondular vagamente, en medio de la niebla, la larga fila de cañones y de cajas. Se guarece bajo uno de los altos tilos que rodean la terraza, mira y espera. Allí, entre esta confusa masa de ginetes ¿podrá ella conocerle? ¿Y él la verá á ella? ¿Alguna casualidad le haría volver la cabeza hacia este lado?

Bettina sabe que es teniente de la segunda batería de su regimiento, y sabe que ésta se compone de seis cañones y seis cajas, porque el cura Constantino le enseñó eso. Es preciso dejar pasar la primera batería, es decir, contar seis cañones, y seis cajas de municiones y en seguida le toca á él...

Es él, en efecto, envuelto en su gran capote, y él, el primero que la ve y la reconoce; algunos momentos antes se acuerda de un largo paseo que hicieron ella y él, una noche, ya tarde, en la terraza. Levantó sus ojos, y en este mismo sitio, donde se acordaba haberla visto, era donde ahora la encontraba.

La saluda y, con la cabeza desnuda recibiendo la lluvia y volviéndose desde su caballo, á medida que se iba alejando, mientras la podía ver, la miraba; y volvía á decir otra vez lo que había dicho la víspera:

--¡ Esta será la última vez!

Ella haciendo una seña con las dos manos le enviaba su adiós, y esta seña repetida sin cesar

acercaba tanto sus manos á él, á sus labios que casi se creía...

--¡ Ah! se decía ella, si después de esto no comprende lo que le quiero, ¡veremos si aún no me me perdona mi dinero!